

Dr. Gary Yates, Jeremías, Conferencia 15, Jeremías 11-20,

Confesiones, Parte 2, El Pathos de Dios

© 2024 Gary Yates y Ted Hildebrandt

Este es el Dr. Gary Yates enseñando el libro de Jeremías. Esta es la sesión 15, Las Confesiones de Jeremías, Parte 2, El Pathos de Dios.

Nuestra sesión ahora es la segunda mirada a las confesiones de Jeremías en Jeremías 11 al 20.

Lo que me gustaría hacer en esta lección, vimos en la lección anterior cómo estas confesiones son una expresión de la relación personal de Jeremías con Dios, pero lo que me gustaría ver en esta sesión es que estas confesiones son realmente un mensaje hacia Israel. y hacia el pueblo de Judá por el pacto roto. Y así, en cierto sentido, las oraciones de Jeremías se convierten tanto en una declaración de lo que están pasando y del pacto roto con Dios como los sermones que él dijo. Entonces, debemos entender estas confesiones o estos lamentos en el contexto de la ruptura. pacto entre Dios e Israel que está en el trasfondo en Jeremías 11 al 20. Recuerde, esta sección comienza con un sermón en Jeremías capítulo 11 donde el Señor básicamente está acusando a Judá de infidelidad al pacto y les recuerda que él ha estado y continúa estando en el proceso. de traer las maldiciones del pacto contra ellos.

El Señor dice en este sermón en particular, Jeremías capítulo 11, verso 10, han ido tras otros dioses para servirles. La casa de Israel y la casa de Judá han roto mi pacto que hice con sus padres. Ahí está la acusación.

Han roto el pacto. Son culpables. Por tanto, aquí viene el anuncio del juicio.

Así dice el Señor Dios: He aquí, les traigo un desastre del que no podrán escapar. Aunque me clamen, no los escucharé. Entonces las ciudades de Judá y los habitantes de Jerusalén saldrán y clamarán a los dioses a quienes han ofrecido ofrendas, pero no podrán salvarlos en su tiempo de angustia.

Porque tus dioses se han multiplicado como tus ciudades, oh Judá, y como las calles de Jerusalén, y no te escucharé. No te escucharé. No te escucharé.

No te escucharé. Jeremías capítulo 7, verso 16, no oréis por este pueblo porque ya he decidido juzgarlos. Tus oraciones no harán la diferencia.

Tu intercesión no les va a ayudar. Esto es algo impactante porque la intercesión era una de las tareas principales de un profeta. Ahora, en caso de que Jeremías no haya escuchado esto, el Señor en el capítulo 11, versículo 14, después del sermón sobre el pacto roto y las maldiciones del pacto, por lo tanto no ores por este pueblo ni levantes oración a favor de ellos, porque yo No escucharé cuando me llamen en el momento de su angustia.

No voy a escuchar tus oraciones por ellos. No voy a escuchar sus oraciones. Si quieren ayuda, si quieren que alguien los salve, entonces necesitan clamar a los dioses en quienes han confiado y a quienes han construido altares.

Jeremías capítulo 14, verso 11, el Señor me ha dicho, no ores por el bienestar de este pueblo. Aunque ayunen, no oiré su clamor. Aunque ofrezcan holocaustos y ofrendas de cereal, yo no los aceptaré, sino que los consumiré con espada, con hambre y con pestilencia.

Jeremías, tus oraciones y tu intercesión no los van a librar de las maldiciones del pacto. No impedirá que sean destruidos por la espada, por el hambre o por la pestilencia. Y entonces, tres veces diferentes aquí, el Señor dice, no deben orar por estas personas.

Y así, las oraciones de Jeremías en Jeremías 11 al 20 son un reflejo de ese pacto roto. No es sólo una relación rota entre Dios y Judá. Hay algo roto en la oración y en la intercesión profética misma.

Ahora bien, esto es enormemente significativo a la luz del hecho, como ya hemos mencionado, de que orar por el pueblo e interceder por el pueblo, especialmente durante tiempos de apostasía o pecado, era un papel muy, muy importante que Dios le había dado al pueblo. profetas. Volvamos al ejemplo de Moisés. Después de la adoración del becerro de oro, después de que el pueblo haya escuchado la respuesta de los espías, primero que nada, en Éxodo 32, Números 14, Dios dice que está listo para destruir al pueblo.

Y Moisés viene a él y le recuerda las promesas del pacto que ha hecho. ¿Qué pasa con los egipcios? ¿Qué pasa con tu reputación? ¿Qué pensarán cuando escuchen que has destruido al pueblo que rescataste y liberaste de la esclavitud en Egipto? Y allí dice que el Señor cambió de opinión. En el libro de Samuel, durante el tiempo en que Israel pidió un rey, el pueblo rechazó a Dios en cierto sentido al hacerlo.

El Señor había prometido proporcionarles un rey, pero sería en sus términos y a su manera. Habían pecado contra el Señor. Y al final de la vida de Samuel, mientras los llama a asumir sus responsabilidades de guardar el pacto, intercede por ellos como profeta.

Y en cierto sentido, desvía el juicio de Dios sobre el pueblo por el pecado que había cometido al pedir un rey. Y entonces, esto es lo que sucede cerca del final del ministerio público de Samuel al pueblo. Están reunidos para esta asamblea, y el Señor envía una tormenta durante una época de cosecha cuando normalmente no se espera lluvia.

La gente recibió el mensaje de que Dios les estaba enviando un mensaje de que estaba disgustado con ellos. Entonces, dice que Samuel invocó al Señor, y el Señor envió el trueno y la lluvia ese día, y todo el pueblo temió mucho al Señor y a Samuel. Entonces oró y Dios trajo los truenos y la lluvia.

Pero entonces el pueblo le va a decir esto a Samuel en el versículo 19. Todo el pueblo le dijo a Samuel, ora por tus siervos al Señor tu Dios, para que no muramos porque a todos nuestros pecados hemos añadido este mal. pedirnos un rey. Se dieron cuenta de que Dios estaba enojado.

Potencialmente podrían morir cuando Dios los mate. Por favor aleja la ira de Dios. En el versículo 20, Samuel le dijo al pueblo, no temáis.

Ya has hecho todo este mal. No os dejéis de seguir al Señor, sino servid al Señor con todo vuestro corazón. No os apartéis de las cosas vacías que no pueden aprovechar ni liberar, porque están vacías.

Porque el Señor no desamparará a su pueblo por su gran tocayo, porque al Señor le plació hacer de vosotros un pueblo para sí. Además, y este es el versículo importante aquí, en cuanto a mí, lejos esté de mí pecar contra el Señor al dejar de orar por vosotros. Entonces, en esta situación particular, fue la intercesión de Samuel la que salvó al pueblo cuando pecaron al pedir un rey.

Y Samuel dice, en mi papel actual, en los últimos días de mi ministerio mientras sigo siendo profeta, lejos de mí pecar al dejar de orar por vosotros. Que un profeta no ore por el pueblo es el pecado máximo. Entonces, en cierto sentido, es extraño que Dios venga a Jeremías y le diga, mira, no cumplas tu papel profético.

No intercedas por este pueblo. Exactamente lo contrario de lo que vemos con Moisés y Samuel. Y al mirar esa frase de que el Señor cambió de opinión, realmente creo que si Moisés no ora, entonces Dios destruye al pueblo.

Esto no es simplemente una metáfora. Esto no es simplemente, bueno, Dios sabía desde el principio lo que iba a hacer, así que simplemente está tratando de darle una lección a Moisés. La intercesión de Moisés efectivamente cambia la dirección que Dios va a tomar.

Entonces, en cierto sentido, ¿es esto una metáfora? Sí, en cierto sentido lo es. Dios no cambia de opinión como lo hacemos nosotros. Por capricho, voy a McDonald's en lugar de Burger King.

Dios no cambia de opinión en el sentido de que tiene una comprensión o conocimiento limitado de lo que sucederá en el futuro, como lo ha enseñado el teísmo abierto. Pero está diciendo, más allá de ser simplemente una metáfora, que uno de los aspectos reales de la naturaleza de Dios en el Antiguo Testamento es que él estaba abierto a las oraciones de sus profetas, y cambió el curso de sus acciones basándose en cómo el profeta oraría o cómo respondería el pueblo. Es algo real.

Dios está entrando en relaciones reales de toma y daca con la gente. Y en cierto sentido, casi tenemos que entender que sí, hay un Dios en la Biblia que es eterno y está fuera del tiempo, y él sabe todas las cosas, pero también hay un Dios que viene en el tiempo, interactúa con las personas, trata con en la historia real y en relaciones reales de toma y daca. Y así, las oraciones de los profetas de Dios finalmente, en ocasiones, cambiaron la dirección de las acciones de Dios.

Ahora, hay algunos pasajes en la Biblia, como 1 Samuel 15 o Números 23, que dicen que Dios no cambia de opinión. ¿Qué hacemos con estos pasajes que dicen que hay momentos en que Dios cambia de opinión? La respuesta es que depende de las circunstancias. Hay ocasiones en las que Dios ha hecho un juramento, cuando Dios ha hecho una promesa de pacto de la que no se va a retractar, o Dios ha emitido una sentencia de juicio que, según él, es inalterable. En esos momentos, el Señor no cambia de opinión.

Una de esas veces sucedió cuando Dios rechazó a Saúl como rey. Y Samuel, sin embargo, comprendiendo que el Señor a veces cambia de opinión, ora toda la noche. Si Dios es simplemente inmutable y nunca cambia de opinión, realmente no hay razón para que haga eso.

Pero cuando el Señor vuelve a él y le dice, en este caso particular, cuando el Señor ha emitido un decreto que es inmutable, cuando el Señor ha hecho un juramento, no cambia de opinión. Pero en otros momentos, como la situación con Moisés en Éxodo 32, o como Moisés, nuevamente, con los hijos de Israel en Números capítulo 14, Dios está abierto a cambiar su rumbo basado en cómo la gente le responde. Y la intercesión profética a menudo desvió el juicio de Dios del pueblo de Israel y Judá.

Tenemos otro ejemplo de intercesión profética poderosa y efectiva en Amós capítulo 7, versículos 1 al 6. Amós tiene una visión de un enjambre de langostas que invade la tierra de Israel. Recuerde los efectos devastadores que podrían tener ese tipo de cosas. Este enjambre de langostas consume y destruye casi por completo la tierra de Israel.

Cuando Amós ve eso, dice que clamó al Señor y dijo: ah, Señor Dios, Israel es demasiado pequeño. Nunca podrían sobrevivir a esto. Viene a Dios, suplica por la misericordia de Dios y le da motivación para responder su oración.

Y lo asombroso otra vez, lo mismo que vemos con Moisés, Dios cedió, Dios, cambió de opinión. No pronunció la sentencia. Entonces Amós tiene la visión de un fuego que arrasa la tierra.

Y Amós, la misma oración, la misma petición a Dios, Señor, ah Señor Dios, Israel es demasiado pequeño. No pueden soportar un juicio como este. Este fuego que barrerá la tierra y la consumirá.

Dios cambia de opinión y no envía la oración. Entonces, que Dios le diga a Jeremías, no ores por estas personas, no intercedas por ellos, lo que eso significa, eso no es un decreto de juicio modificable. Hemos visto el cierre al comienzo de Jeremías 1-25, repetidos llamados para que la gente regrese y la oportunidad de hacerlo.

Luego, en los capítulos 17 y 11-20, sólo tres llamadas para regresar. Luego, del 21 al 25, esas llamadas básicamente desaparecen. Hay un cierre de la oportunidad de arrepentirse.

Y parte de eso se refleja nuevamente en el hecho de que Dios le dice a Jeremías, no pierdas el tiempo orando por estas personas. Hemos superado el punto en el que estoy dispuesto a responder a eso. Ahora, mirando esa historia pasada de la que acabamos de hablar, la intercesión de Moisés y Samuel, ellos son los principales ejemplos de intercesores proféticos que liberaron al pueblo.

El Señor le dice esto a Jeremías en el capítulo 15, versículos 1 y 2, y ahora creo que estos versículos tienen más sentido a la luz de lo que acabamos de decir. El Señor me dijo que aunque Moisés y Samuel estuvieran delante de mí, mi corazón no se volvería hacia este pueblo. Envíalos fuera de mi vista y déjalos ir, y cuando te pregunten adónde iremos, les dirás, así dice el Señor, a los que están de pestilencia contra pestilencia, a los que están de espada a espada, los que van al hambre, al hambre, y los que van al cautiverio, al cautiverio.

Mire, si Moisés y Samuel aparecieran en escena, y si intercedieran, yo no los escucharía. Entonces, podríamos mirar el ministerio de Jeremías y decir, bueno, Jeremías era una especie de sub-profeta porque había estos grandes profetas en el pasado de Israel que tenían relación con Dios, y Dios les respondió cuando el pueblo había cometido pecados graves, y el Señor los perdonó, y el Señor se arrepintió de enviar juicio. El problema no es el don de Jeremías como profeta.

El problema no es que Jeremías no sea tan cercano a Dios como lo fueron Moisés y Samuel. El Señor dice, mira, aunque Moisés y Samuel estuvieran hoy aquí, no podrían interceder por este pueblo. Se han cerrado las oportunidades para arrepentirse.

Y Dios ahora está diciendo, el tiempo de intercesión, el tiempo de orar por el pueblo, eso se acabó, porque Dios está listo para destruirlos. Y así, en un nivel, vemos a Dios diciéndole al profeta que no ore por Israel. Y luego, en el otro nivel, en el mismo contexto y en el mismo capítulo, tenemos al profeta orando a Dios.

Las confesiones y los lamentos de Jeremías reflejan que ya no intercede por el pueblo de Israel. Y entonces, en lugar de orar para que Dios los libere, Jeremías está orando para que Dios mate a sus enemigos como ovejas para el matadero porque son rebeldes del pacto que no han escuchado a Dios. Han sacudido el puño en la cara de Dios.

Han desafiado a Dios y al mensajero de Dios. No es simplemente que hayan maltratado a Jeremías.

Han rechazado la palabra de Dios. Y sobre la base del pacto, merecen este juicio. Y entonces, el papel de un profeta en los días de Moisés, Samuel, era interceder para que Dios se arrepintiera de enviar juicio.

Las imprecaciones reflejan que ahora el papel del profeta es, en cierto sentido, orar contra el pueblo. Y así, el quebrantamiento del pacto, la eliminación de la intercesión profética, se refleja en estas confesiones, donde en lugar de orar estas grandes oraciones como Moisés y Samuel oraron para que Dios perdonara al pueblo, Jeremías, en la situación desesperada en la que se encuentra. vivir, es en realidad orar para que Dios juzgue a la gente. Andrew Sheed dice que Jeremías, en cierto sentido, está funcionando como mediador entre Dios e Israel.

Representa la ira y la ira de Dios hacia el pueblo de Israel, y representa el dolor y la pecaminosidad de Israel hacia Dios. Y Sheed dice que interponerse entre Dios y el hombre en esta situación es un lugar doloroso. Entonces, las confesiones, los lamentos de Jeremías reflejan el fracaso de la intercesión profética.

En otro nivel, las oraciones de Jeremías, la intercesión de Jeremías, sin embargo, es también una forma en que Dios se refleja a través de la persona de Jeremías hasta el punto de que Jeremías se convierte en un ejemplo vivo de Dios para el pueblo. Mientras Jeremías ora y derrama su corazón, su dolor, su pena y su sufrimiento, en un nivel, representa a un ser humano que lucha con todas sus debilidades y debilidades, alguien con quien definitivamente puedo identificarme como ministro de Dios. Pero en otro nivel, está representando a Dios ante Israel.

Y el dolor de estas oraciones es, en cierto sentido, el dolor de Dios por los pecados del pueblo de Israel. Y esto no queda sólo en las confesiones. Esta idea del dolor de Dios, el sufrimiento del profeta y la forma en que Jeremías... Y Jeremías no es sólo un tipo sensible que necesita superar algo de esto.

No es un tipo que necesite ir a terapia o algo así. En cierto sentido, Jeremías representa, a través de sus lágrimas, las lágrimas de Dios. Y eso comienza, en realidad, antes de que lleguemos a los lamentos.

Quiero volver al capítulo 4, versículos 19 al 22, y el trabajo de Jeremías es expresar o representar a Dios ante Israel. Y es por eso que a Jeremías se le conoce como el profeta llorón. Nuevamente, no es solo porque Jeremías sea realmente un hombre sensible, o Jeremías sea un hombre que pudo ponerse en contacto con su lado femenino, o Jeremías sea una especie de profeta psicológico o perfil del profeta.

Este dolor del profeta es expresión del dolor y del dolor de Dios mismo. Una de las cosas que los comentaristas del libro de Jeremías han notado es que en estos pasajes donde Jeremías habla de su dolor, su llanto, él es el profeta que llora. Una de las cosas que notamos en estos pasajes es que a veces es difícil saber quién está hablando exactamente. ¿Es Dios? ¿O es el profeta? ¿Es la gente? ¿O podrían, en algún sentido, ser las tres cosas? Y entonces, uno de estos pasajes de pena o angustia, uno de los primeros que vemos en el libro, está allá en Jeremías capítulo 4, versos 19 al 22.

Escuche el dolor y la angustia de Jeremías. Jeremías dice: Ahora, esto suena como las palabras de Jeremías. Está observando al ejército invasor y todas las cosas terribles que están sucediendo, y está afligido y lamentándose por esto.

Esto parece la angustia del profeta por esta visión, pero escuche el versículo 22, y dice esto, Y ahí, en ese punto, es difícil para nosotros decir, como está hablando de mi pueblo, ¿es el profeta o es? ¿Es el Señor? No estoy seguro de que, interpretativamente, debamos tomar una decisión. Creo que son ambas cosas. Jeremías se ha tragado las palabras de Dios en el sentido de que se ha convertido en la expresión de Dios en su persona, por lo que realmente no necesitamos saberlo.

¿Es Jeremías o es Dios? Son ambos. Capítulo 9, versículos 1 al 3. Nuevamente, esta es otra expresión antes de que lleguemos a las confesiones del dolor y la pena de Jeremías por la destrucción de su pueblo. Jeremías dice: Oh, si mi cabeza fuera agua, y mis ojos fueran fuente de lágrimas, para llorar día y noche por los muertos de la hija de mi pueblo.

Y nuevamente, parece la reacción humana de un profeta ante la destrucción, la muerte y el destino que caerá sobre el pueblo de Judá. Y luego continúa diciendo en el versículo 2: ¡Oh, si tuviera en el desierto un lugar de hospedaje para el viajero,

para dejar a mi pueblo y alejarme de ellos! Desearía poder escapar de esto, pero en cambio, lloro constantemente por el desastre.

Entonces, ¿es el profeta o es el Señor? Bueno, suena como el profeta. Pero en el versículo 3 leemos esto: Doblan su lengua como un arco. La mentira y no la verdad se ha fortalecido en la tierra, porque de mal en mal proceden, y no me conocen, declara el Señor.

Y entonces tal vez sea Jeremías quien desea poder llorar día y noche por la destrucción que se avecina sobre Israel. Pero es el dolor de Dios. Es la voz de Dios la que responde en el versículo 3. Y en cierto sentido, aquí lo que sucede es que el llanto del profeta se convierte en el llanto de Dios.

La voz del profeta se fusiona con la voz de Dios. Este ir y venir se expresa tan bien a medida que avanzamos en el capítulo 9. Y lo que tenemos aquí es que el Señor va y viene entre su ira y su dolor. Su ira y su pena.

Sabes, a veces tenemos esta comprensión de Dios en el Antiguo Testamento. Él es simplemente un Dios de ira. Es un Dios de ira.

Le encanta destruir. Le encanta enviar pestilencias a la gente. Le encanta atacarlos con relámpagos.

Esta sección revela el dolor de Dios mismo al observar y observar lo que le sucede a su pueblo. Y escucha la emoción que surge.

En primer lugar, habrá una emoción de ira extrema en el versículo 9. El Señor dice: ¿No los castigaré por estas cosas?, declara el Señor. ¿No me vengaré de ellos en una nación como ésta? Absolutamente. Recuerde, eran una prostituta infiel. Habían sido infieles al pacto durante cientos y cientos de años.

Habían traicionado a Dios al adorar a otros ídolos. Habían sido como una esposa infiel a su marido. ¿No me vengaré de una nación como ésta? Absolutamente.

Pero escuche el dolor que surge en el versículo 10. ¿Es Dios o es el profeta? Levantaré llanto y gemido por los montes y lamentación por los pastos del desierto, porque están arrasados sin que nadie pase por ellos y no se oiga el mugido de las bestias. Tanto las aves del cielo como las bestias huyeron y se fueron.

Y está esta tristeza. Mira la ruina. Mira la devastación.

Mire la destrucción que ha venido sobre el pueblo de Dios. Y es como si este pareciera ser el profeta nuevamente como una de las personas que experimentan lo que está pasando. Pero en el versículo 11, el Señor está hablando.

Y dice el Señor: Convertiré a Jerusalén en un montón de ruinas, en una capa de chacales, y convertiré la ciudad de Judá en una desolación sin habitación. Entonces, lo que estamos sucediendo aquí es que Dios está hablando en el versículo 9. Dios está hablando palabras de ira. Dios está hablando en el versículo 11.

Dios está hablando palabras de ira. Hay esta sección de dolor en el versículo 10 donde no se identifica claramente al hablante. Pero tenemos que escuchar eso de alguna manera como la voz de Dios, porque él es quien habla antes y después.

Y existe esta idea de Dios que está enojado por los pecados del pueblo. La ira feroz del Señor no retrocederá hasta que se cumpla todo lo que ha diseñado. Pero por otro lado, el corazón quebrantado de Dios por la destrucción de la hija de Jerusalén.

Su hija, su esposa, está experimentando todas estas cosas. Hablamos sobre el lenguaje del juicio de Judá como mujer y con qué frecuencia muchas críticas feministas lo criticarán como una expresión de cosas sobre las mujeres que no son apropiadas para nuestra cultura y nuestro tiempo o que Dios está siendo retratado de alguna manera. como un marido abusivo o un violador divino. Pero quiero recordarnos que el propósito de esto no era simplemente desahogar su ira.

Es para derramar el dolor de un marido traicionado. Recuerdo cuando todos mis hijos obtuvieron sus licencias de conducir. Tuvieron que ir y presentarse ante el juez y recordarles los privilegios y responsabilidades que conlleva conducir.

El juez cedió la sesión a un policía que mostró a todos nuestros niños un vídeo de un accidente de tráfico que acabó con la vida de un joven. El juez no hizo eso porque odiara a los niños y quisiera verlos en accidentes automovilísticos. El oficial de policía no hizo eso porque estaba cansado de sus años en el cumplimiento de la ley.

El juez y el oficial pintaron esos vívidos cuadros como una advertencia para mis hijos y, como padre, me senté allí y agradecí que lo hicieran. Veo a Dios haciendo lo mismo a través del profeta Jeremías. Los teólogos han hablado a veces de la impasibilidad de Dios.

La idea es que Dios está tan separado de su creación y tan completamente otro que Dios no experimenta ni dolor ni alegría basado en ninguna otra criatura o en su respuesta o reacción hacia ellas. Y entiendo la razón por la cual los teólogos han querido enfatizar la inmutabilidad de Dios, su inmutabilidad, su total alteridad, pero esa imagen de Dios no funciona con el libro de Jeremías. Definitivamente Dios es un Dios que se lamenta por el dolor de su pueblo.

Terence Fretheim ha hablado sobre el sufrimiento de Dios y creo que es una descripción muy precisa del Dios del libro de Jeremías. Dios llora junto con el profeta

Jeremías. Él no es un Dios que está impassible sentado en el cielo y diciendo: Voy a resolver esto, voy a lograr mi propósito soberano y, en última instancia, estoy feliz con eso.

El Señor, cuando ve a las personas tomar decisiones que él sabe que les traerán destrucción, cuando la relación con su pueblo se rompe, se lamenta por eso. Y así, la idea de un Dios impassible, por cualquier razón teológica que queramos usar para tratar de proteger la inmutabilidad de Dios, simplemente no es una descripción precisa del Dios del Antiguo Testamento. Jeremías capítulos 12, versos 7 al 11, nuevamente, la emoción de Dios en todo esto y el vaivén entre el dolor de Dios y la ira de Dios.

Capítulo 12, verso 7, dice el Señor: He abandonado mi casa, he abandonado mi heredad, he dado, y oíd cómo describe al pueblo, el amado de mi alma, en manos de sus enemigos. Dios no hizo eso porque simplemente quisiera destruirlos, y el hecho de que los describa como los amados de mi alma y como su herencia, su posesión más preciada, refleja cuán profundamente dolió esto al Señor. El profeta Oseas, Oseas capítulo 11, versos 8 y 9, dice el Señor, ¿cómo puedo entregar a Efraín? No importa lo que hayan hecho, no puedo dejar de amarlos.

¿Cómo puedo renunciar a ellos? Por lo tanto, no descargaré toda la ira y el enojo de Dios sobre mi pueblo, ni los consumiré ni los destruiré por completo. Pero el Señor dice: He abandonado mi herencia, he abandonado al amado de mi alma, y eso le causa a Dios un dolor profundo. Impresionante imagen de Dios.

Piensa en Dios desde esa perspectiva. Pero luego Dios regresa en el versículo 8 y dice: Mi herencia se ha vuelto para mí como un león en el bosque. Ella ha alzado su voz contra mí.

Por eso la odio. Bien, entonces yuxtapongamos eso. La amada de mi alma, la odio.

A veces usamos hoy la expresión que Dios ama al pecador y odia el pecado. Y entiendo las razones por las que hacemos eso. Pero a veces, el Antiguo Testamento casi transmite la idea de que Dios no sólo odia el pecado.

También odia al pecador. Y es algo aterrador con lo que lidiar. Pero esa es la ira de Dios.

Esa es la ira de Dios. Y es parte del Antiguo Testamento que necesitamos escuchar. Versículo 9, ¿es mi herencia para mí como la guarida de una hiena? ¿Están las aves rapaces contra ella por todos lados? Ve y reúne todas las fieras y tráelas para devorarlas.

Muchos pastores han destruido mi viña. Han pisoteado mi porción. Han convertido mi porción agradable en un desierto desolado.

Y entonces, aquí está el Señor en su ira diciendo: Voy a traer animales salvajes contra Judá, y haré que esos animales salvajes los destruyan. Pero luego, en el siguiente versículo, el Señor está afligido por el hecho de que los líderes de Israel son los que han destruido esta hermosa viña. Y el Señor la plantó y la bendijo y la puso en un lugar donde iba a ser absolutamente fructífera.

Pero son los líderes y el Señor se entristece por eso. Versículo 11, lo han convertido en desolación, desolado me llora. Entonces, la tierra está de luto, y Dios oye ese llanto, y le toca el corazón, y le entristece al mismo tiempo que está entregando la viña a las fieras para que la coman y la consuman.

Entonces, en medio de este luto, dice el Señor, sobre todas las alturas desnudas del desierto, han llegado los destructores. La espada del Señor devora de un extremo al otro del lugar. Ninguna carne tiene paz.

Han sembrado cizaña y cosechado espinos. Se han cansado pero no aprovechan nada. Se avergonzarán de su cosecha a causa del ardor de la ira del Señor.

Y nuevamente tenemos este pasaje: ¿quién es Dios? ¿Eres un Dios de amor apasionado, y es Israel el amado de tu alma, o es el blanco de tu juicio que odias y que quieres consumir en tu ira feroz? La respuesta es ambas cosas. Y así, mientras Jeremías ora sus confesiones y al menos en lugares mientras Jeremías se lamenta por lo que está sucediendo y lo que está experimentando y por lo que está pasando, no solo está expresando las dificultades de su propio ministerio. Él está reflejando el dolor en el corazón de Dios por lo que ha sucedido en medio de este pacto fracturado y quebrantado donde la relación entre Dios y su pueblo se ha roto.

Capítulo 14, versos 17 al 18. Nuevamente, estamos en medio de este contexto lidiando con un pacto roto. Estamos en medio de este contexto donde tenemos confesiones y lamentos por parte del profeta Jeremías.

Ahora Dios le va a decir esto específicamente a Jeremías, al pueblo. Les dirás esta palabra: Que mis ojos corran lágrimas de día y de noche, y que no cesen. Porque la virgen hija de mi pueblo está destrozada de gran herida y de grave golpe.

Si salgo al campo, he aquí algunos que son traspasados por la espada. Y si entro en la ciudad, he aquí, la enfermedad es hambre, porque tanto el profeta como el sacerdote ejercen su comercio en la tierra y no tienen conocimiento. Muy bien, esto es lo importante de este pasaje.

El Señor dice a Jeremías, les dirás esta palabra, que mis ojos se llenen de lágrimas. Muy bien, entonces lo significativo de esto es que el llanto del profeta es en realidad la revelación de Dios. Dios dice, quiero que llores y esa es mi palabra para ellos en esta situación particular.

Nuevamente, no es sólo Jeremías como ser humano quien dice que esta es una situación terrible. No son sólo las emociones humanas de Jeremías. No es sólo Jeremías como miembro del pueblo de Israel pensando, vaya, mira por lo que nuestro país va a pasar.

No es solo Jeremías afligido, y el Señor diciéndole, aguanta, Jeremías, esa es la palabra del Señor. Vamonos. El Señor le dice a Jeremías, como parte de tu palabra profética, no solo digas, dice el Señor, también párate frente a ellos y di, así llora el Señor.

Andrew Sheed hace este comentario. Dice que si la intención y el diseño de Dios hubieran sido simplemente decirle al pueblo el mensaje que necesitaban escuchar, el Señor podría haber comunicado ese mensaje desde la distancia del consejo divino en el cielo. Pero el Señor quiso comunicar ese mensaje a través de una persona, a través de un instrumento.

Y al ver el llanto de Jeremías, oh, si mi cabeza fuera fuente de lágrimas, para llorar día y noche. Ese no es sólo un profeta demasiado sensible. Ese es Dios mismo lamentándose por la destrucción de su pueblo.

Entonces, más allá de que las confesiones sean simplemente una expresión de la dificultad personal de Jeremías, las confesiones tratan sobre la ruptura del pacto entre Dios e Israel. El pacto está roto. El matrimonio queda irreparablemente dañado.

La oración misma se está cerrando. En lugar de orar por el pueblo, Jeremías es llamado a orar contra ellos y a pedirle a Dios que los juzgue. Ahora, como profeta, el Señor viene a vosotros.

El Señor les dice, no oren por este pueblo. ¿Como responderías a eso? Si eres pastor de una iglesia y un día escuchas un mensaje de Dios, no ores por tu rebaño. Creo que por mucho que quisieras escuchar lo que Dios dijo, probablemente orarías incluso cuando no pudieras evitarlo.

Y Jeremías, de una manera muy real, hace eso en el capítulo 14, porque tenemos la ruptura de la oración, no solo entre Dios y el profeta, sino que tenemos la ruptura de la oración entre Dios y el pueblo. Y en el capítulo 14, el pueblo viene a Dios con una confesión de su pecado. Y esto es lo que la gente va a derramar en oración a Dios.

Recuerde que Jeremías es quien está expresando estas oraciones por el pueblo. Entonces, en cierto sentido, Dios ha dicho: Jeremías, no ores por esta gente. No intercedas por ellos.

De todos modos no voy a responder. La oración de Jeremías es una confesión de pecado para el pueblo. Está haciendo lo que Dios le dijo que no hiciera.

Y esto es lo que dice la oración. Aunque nuestras iniquidades testifiquen contra nosotros, actúa, oh Señor, por amor de tu nombre. Porque muchas son nuestras rebeliones, muchas nuestras calzadas y nuestras desviaciones.

Eso es lo que el profeta había dicho acerca de ellos en los capítulos 2 y 3. Hemos pecado contra vosotros. Déjame hacerte una pregunta. ¿Suenan como una buena confesión? Sí, se ve bastante bien.

Tiene todos los elementos correctos allí. Una medida adecuada de humildad y todo eso. Quiero decir, esto es lo que se supone que es una confesión.

Entonces dicen a Dios: Oh esperanza de Israel, su salvador en tiempo de angustia. ¿Por qué has de ser como un extraño en la tierra, como un viajero que se desvía para pasar la noche? ¿Por qué deberías ser como un hombre confundido, como un guerrero poderoso que no puede salvarnos? Señor, ¿por qué te alejarías de tu pueblo? Sin embargo, tú, oh Señor, en medio de nosotros, y somos llamados por tu nombre, no nos dejes. ¿Es esa una buena confesión? Absolutamente.

Están confesando su pecado. Están confesando su necesidad y su dependencia de Dios. De hecho, este es el tipo de oración que Jeremías les dice en el capítulo 3, versículos 22 al 25.

Esto es lo que necesitas para orar. El Señor dice allí, vuelve, oh infiel, y yo sanaré tu infidelidad. Y el pueblo dice: He aquí venimos a ti, oh Dios, porque tú eres el Señor nuestro Dios.

En verdad los cerros son un engaño, las orgías en las montañas. Verdaderamente en el Señor nuestro Dios está la salvación de Israel. Ese pasaje visualiza el momento en que finalmente renunciarán a sus ídolos.

Finalmente van a revocar todas las prácticas pasadas. Y van a recurrir a Dios en confesión. Y miramos esto en el capítulo 14 y decimos, bueno, tal vez estemos aquí.

Quizás finalmente estemos en este lugar. Y todo el juicio, estas otras cosas que sucederán en el resto del libro, no son necesarias. Le están diciendo exactamente las palabras correctas a Dios.

No le están diciendo a Dios las palabras que dijeron cuando el Señor los acusó en el tribunal en el capítulo 2. No hemos pecado. No hemos seguido a los Baales. Somos inocentes.

Bueno, no entendemos de qué estás hablando. Al mismo tiempo decían: Señor, no podemos ayudarnos a nosotros mismos. Tenemos que correr tras estos dioses.

Le decimos a un árbol, tú eres nuestro padre. Le decimos a una piedra, eres nuestra madre. No están diciendo ese tipo de cosas.

Están diciendo las palabras correctas. Entonces, pensamos que Dios obviamente va a responder su oración, ¿verdad? Dios obviamente va a decir, oye, genial, estamos teniendo un tiempo de avivamiento nacional. Se anula la sentencia.

Ese es el final del libro de Jeremías. Pero no, el versículo 10 dice esto, así dice el Señor acerca de este pueblo. Les ha encantado vagar así.

No han frenado sus pies. Por tanto, el Señor no los acepta. Ahora se acordará de su iniquidad y castigará sus pecados.

Jeremías, no ores por esta gente. Jeremías, Señor, no puedo evitarlo. Debo orar por ellos.

La gente viene a ti y confiesa sus pecados. El Señor dice, Jeremías, no voy a escuchar porque son sólo palabras. Y no refrenaron sus pies.

En realidad no están dando la vuelta. Y aquí hay una declaración impactante: el Señor dice: Voy a recordar su iniquidad. Si piensas en el pasaje del nuevo pacto en Jeremías 31, cuando el Señor dice, ya no recordaré su pecado, y aún no hemos llegado a ese punto.

Porque la gente no ha sido cambiada, no ha sido transformada. Quiero decir, gran oración, grandes palabras, ortodoxas.

Podría convertirse en cualquier libro de oración confesional. Pero las palabras sin un arrepentimiento sustancial real no significan nada. Entonces, si eso no fuera suficiente, el profeta viene nuevamente al Señor en nombre del pueblo con otra confesión en el mismo capítulo.

Inmediatamente después de este pasaje donde, dijo el Señor, que mis ojos corran lágrimas día y noche, y que no cesen, porque la virgen hija de mi pueblo está destrozada. El pueblo vuelve a Dios. Y nuevamente, profeta, no ores por esta gente, Jeremías.

Señor, no puedo evitarlo. Voy a orar por ellos de todos modos. Y aquí está la oración que se encuentra allí.

¿Has rechazado por completo a Judá? ¿Aborrece tu alma a Sión? ¿Por qué nos has derribado sin que haya curación para nosotros? Buscamos la paz, pero nada bueno ha llegado. Esperamos un tiempo de curación, pero he aquí terror. Ahora, aquí mismo, casi parece que nuestro sufrimiento es algo injusto.

No entendemos lo que estás haciendo. Pero escuche lo que dicen después de esto. Versículo 20, reconocemos nuestra maldad, oh Señor, y la iniquidad de nuestros padres.

Ya no dicen que los padres comen las uvas agrias y que los niños tienen los dientes de filo. Somos tan pecadores como nuestros padres. Lo reconocen.

Hemos pecado contra ti. No nos desprecies por tu tocayo. No deshonres tu glorioso trono, Jerusalén.

Y luego dicen esto: acuérdate y no rompas tu pacto con nosotros. Muy irónico, ¿verdad? El capítulo 11 presenta la sección. Has roto el pacto.

Las maldiciones del pacto están por llegar. Capítulo 14, Señor, no rompas tu pacto con nosotros. Esta es una buena oración.

Nuevamente, podría funcionar en nuestros libros de oraciones litúrgicas, pero este es el momento en que Dios responde en el capítulo 15, aunque Moisés y Samuel estaban delante de mí, mi corazón no se volvía hacia estas personas. Envíalos fuera de mi vista y experimentarían pestilencia y plaga y todas las cosas que el Señor había amenazado con traer contra ellos. Las maldiciones del pacto están entrando en vigor.

Gran confesión, grandes palabras de oración. El Señor no va a responder. Jeremías, no ores por esta gente.

Aquí está el Señor va a continuar con lo que va a hacer. Aquí está la respuesta a esa gran confesión. Pondré sobre ellos cuatro clases de destructores, declara el Señor: espada para matar, perros para despedazar, aves del cielo y fieras de la tierra para devorar y destruir.

Y después que los pondré en horror a todos los reinos de la tierra por lo que hizo Manasés, hijo de Ezequías, rey de Judá, en Jerusalén, ahora el juicio que había amenazado hace un tiempo y que había evitado, eso es nuevamente en juego. El Señor no escucha sus oraciones. Y Dios, nuevamente, hablará sobre el dolor de todo esto en los versículos que siguen, y cerraremos mirando este pasaje.

Capítulo 15, versículo 5. ¿Quién se apiadará de ti, oh Jerusalén? ¿Quién llorará por ti? ¿Quién se volverá a preguntar por tu bienestar? Me habéis rechazado, declara el Señor. Has seguido retrocediendo. Por eso extendí mi mano contra ti y te destruí.

Estoy cansado de ceder. Los aventé con aventador en las puertas de la tierra. Los he desolado y he destruido a mi pueblo.

Ves a este Dios enojado, pero también veo la ironía de esa pregunta. ¿Quién se apiadará de ti, oh Jerusalén? ¿O quién se afligirá por ti? La respuesta a eso es la voluntad del Señor mismo. Dios dice en el versículo 8: He hecho más a sus viudas que la arena del mar.

El pueblo había dicho: no rompas tu pacto con nosotros. En el pacto abrahámico, Dios había prometido hacer que el pueblo de Israel fuera tan numeroso como la arena a la orilla del mar. Ahora, al revertir el pacto abrahámico, Dios está haciendo a sus viudas más que la arena a la orilla del mar.

El pacto está roto. Ella, que nació con siete años, se ha debilitado. Ella se ha desmayado.

Su hijo cayó cuando aún era de día, y ella quedó avergonzada y deshonrada. Y el resto de ellos los entregaré a la espada antes que sus enemigos declaren al Señor. Las confesiones de Jeremías no son sólo las oraciones de un profeta en apuros.

En cierto sentido, nos ayudan a ver a un Dios afligido. Y en nuestra teología de Dios, Jeremías 11 al 20 nos recuerda algo muy poderoso. Ese Dios es un Dios de increíble pasión y emoción.

Un Dios que experimenta y siente ira y enojo por el pecado. Y es mejor que no descuidemos, evitemos o intentemos eliminar ese aspecto de Dios. Sino un Dios de amor, misericordia, compasión y gracia que también se aflige incluso cuando trae juicio sobre su pueblo.

A través de las confesiones de Jeremías, no sólo se nos da una idea del carácter del profeta. También recibimos revelación sobre el carácter y la naturaleza de Dios mismo. Tú

Este es el Dr. Gary Yates enseñando el libro de Jeremías. Esta es la sesión 15, Las Confesiones de Jeremías, Parte 2, El Pathos de Dios.